

DE LA ESCRITURA MEXICANA.

ENSAYO

REMITIDO

A LA SOCIEDAD DE GEOGRAFIA Y ESTADISTICA

POR EL

C. LIC. EUFEMIO MENDOZA.

GUADALAJARA: 1869.

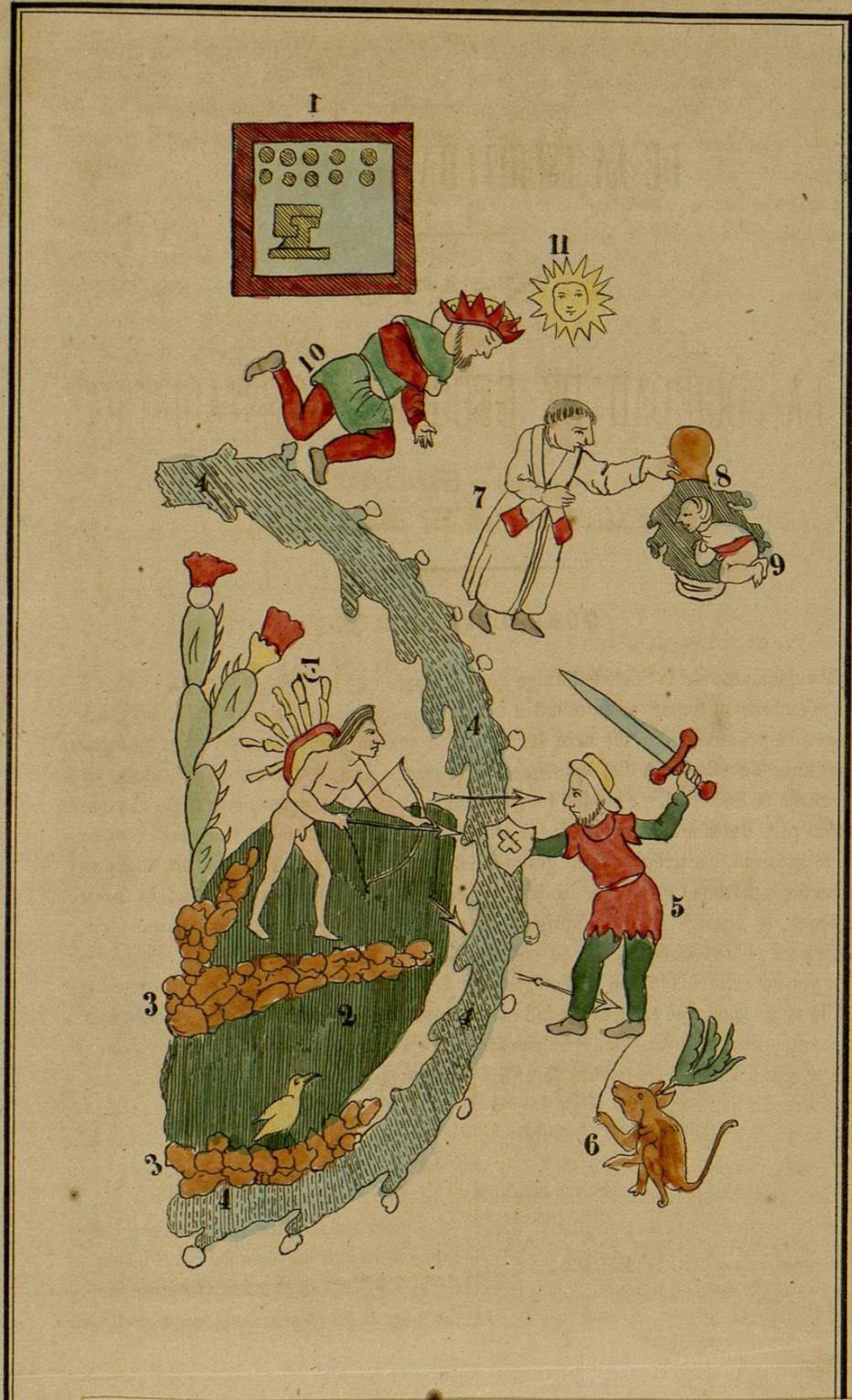
El reglamento de la Sociedad exige que sus miembros al tomar asiento entre sus consocios, pronuncien un discurso análogo á los fines de ella. La distancia que me separa de la Sociedad, me impide tener tal honra; pero deseando manifestarle mi profunda gratitud, contribuir con mi grano de arena á despertar el gusto por las investigaciones de nuestra historia antigua, la que, en mi pobre concepto, no se conoce bien por haber olvidado que la filología es el hilo mas seguro que en su oscuridad puede conducirnos; presento con timidez este ensayo, que solo es un fragmento de un extenso estudio que hace tiempo he emprendido sobre la lengua nahuatl, concluyendo con desarrollar la siguiente tesis:

¿Los aztecas conocieron la escritura fonética, ó simplemente la geroglífica? ó en otros términos, ¿los manuscritos ó pinturas mexicanas que nos quedan, deben leerse, ó interpretarse?

Desde que la filología ha sido, merced á los progresos que ha alcanzado, un poderoso auxiliar de la historia y quizá su fuente mas segura, los hombres pensadores de todo el mundo, especialmente de Alemania, se han dedicado con ardor al estudio de las lenguas; y la filología, en su cuna como está, ha hecho inmensos adelantos y prestado grandes servicios á las otras ciencias.

El hebreo, el sanscrito, el árabe, todos los idiomas antiguos de todos los pueblos, han sido llamados á sufrir un análisis y con la etimología se han conocido sus elementos y se ha formado, por decirlo así, la filiación de los idiomas, y por consiguiente, la de los pueblos cuyos antepasados los hallaron.

La América, la vírgen América cuya juventud se esconde en la noche de los tiempos, cuyos monumentos arqueológicos forman aún la desesperacion de los sabios



que han descifrado los geroglíficos egipcios y que con sus cien idiomas está probando que solo es nuevo en sus relaciones con Europa, y con los pocos monumentos escritos que han respetado los tiempos y los cataclismos naturales y políticos, está patentizando ya que no han sido bastante á hacerlo las soberbias ruinas que diseminadas desde el Canadá hasta la Patagonia, nos recuerdan la existencia de naciones cultas; que cuando la Europa estaba sumergida aún en la barbarie, ya en América se desplegaba todo el refinamiento del lujo, es decir, de la civilización mas avanzada en sus repúblicas y monarquías; que cuando la antigua *Lutecia* apenas salía del fangoso Sena, ya el Palenque alimentaba entre sus escombros árboles gigantes que la naturaleza habia hecho brotar sobre los palacios derruidos de los Votandias.

Campo muy vasto ofrecia, pues, esta parte interesante de la tierra para las investigaciones filosóficas, y seguramente que el día en que la filología haya hecho entre nosotros los progresos que en Europa, no será ya un misterio la historia americana; pero ¡oh! si allá aun está en su cuna esta ciencia, en América quizá aun no nace.

Cierto es que los primeros misioneros hicieron progresos admirables en la lingüística americana, que nos han dejado obras estupendas, cuya formación debió necesitar milagros de paciencia y caridad; de caridad, sí, porque á esos hombres verdaderamente evangélicos, para formar diccionarios casi completos de idiomas extraños en una época en que no los tenían aun las naciones mas civilizadas de Europa, para arreglar gramáticas de lenguas que no tenían la menor analogía con las suyas, no los guiaba otro espíritu que el amor del prójimo, para poner al alcance de los conquista-

dos, de los despojados, las verdades evangélicas, abrirles las puertas de la patria celestial ya que habian perdido la que les legaron sus padres; pero estos apóstoles no eran por desgracia bastante ilustrados para apreciar debidamente la riqueza histórica y filosófica que encerraban los archivos de México, y así como Omar creyó ó nocivos ó inútiles los libros de Alejandría, Zumárraga, para quien la historia del mundo estaba comprendida en la Biblia, y la de la filosofía en Aristóteles, condenó al fuego la inmensa cantidad de manuscritos que pudo acopiar; si esto fué un crimen del buen obispo ó de su época, es lo que no podria decirse sin un profundo conocimiento de los hombres y de los tiempos; pero este incendio ya en su mismo siglo fué censurado acremente.¹

El Sr. Alaman² dice que los misioneros españoles recompensaron con usura tal pérdida, dejándonos historias casi completas de las antiguas repúblicas y monarquías; no soy de igual opinion, pues por el contrario, creo que los historiadores de última época han sido mas felices que los de primera, y la razon es muy sencilla; aquellos se guiaron únicamente por las tradiciones populares, pues las razas noble y sacerdotal depositarias de la historia, ó habian sucumbido en defensa de su patria, ó tenían empeño en no comunicar noticia exacta alguna á los conquistadores. [Así nos lo dice Ixtlixochitl]³ y los segundos comienzan ya á dedicarse á la interpretación de los manuscritos antiguos, á limar con las noticias que de ellos pueden sacar las exa-

¹ Acosta. Historia natural y moral de las Indias. Madrid, 1608.

² Alaman. Disertaciones históricas, 7: Disertacion. México, 1844.

³ Historia de los chichimecas. Apud Ternaux. Paris, 1840.

jeraciones y fábulas del vulgo; sin embargo, la historia antigua de México está aún por escribirse á pesar de la multitud de obras que nacionales y extranjeros han publicado sobre ella, y no podrá escribirse sino por quien conozca á fondo el idioma de nuestros padres para poder apreciar debidamente el valor de los nombres que casi todos envuelven una serie de ideas que pintan al individuo ú objeto á que se aplican; no basta hablar el mexicano; quizá es lo que ménos se necesita; es preciso conocer su filosofía, poder formar el análisis de cada palabra, descomponerla, para llegar á los orígenes del idioma.

Yo emprendí la inmensa tarea de formar un diccionario etimológico de este bello idioma, para que pudieran los hombres estudiosos tener reunido en una sola obra cuanto de él nos queda, simplificando mucho con esto el trabajo del historiador, del geógrafo y del filólogo mexicano; pero obra tan grande no puede llevarse á cabo por un pobre, á quien por el hecho de serlo, le es imposible consagrarle exclusivamente algunos años; así es que camina con suma lentitud, y tal vez nunca se concluirá, contentándome con haber puesto en la primera hoja del manuscrito: *in magnis et voluisse sat est.*

Me habia distraído de mi objeto, y vuelvo á él.

El ilustre Baron de Humboldt sentó en su *Vue des Cordillères*,⁴ esta opinion: las pinturas mexicanas pueden leerse, y desde entónces se han dedicado los sabios á poner en práctica tal teoría; Mr. Aubin⁵ publica la primera parte de su memoria so-

4 Humboldt. *Vue des Cordillères*. Tomo I, pág. 190.

5 Aubin. *Mémoire sur l'écriture figurative et la peinture des anciens mexicains*. Paris, 1849.

bre la escritura didáctica de los mexicanos, y el abate Brasseur⁶ escribe su introducción á la historia de las naciones civilizadas de México, para publicar después el precioso manuscrito del padre Landa,⁷ que contiene el alfabeto maya. Mucho ántes que estas obras llegaran á mis manos, habia concebido yo la idea de encontrar una clave para la interpretación de los documentos mexicanos, idea que me vino de la lectura de un fragmento de Las Casas, inserto en Acosta ó Torquemada: nos dice el venerable obispo, que los primeros neófitos de México para retener en la memoria las oraciones cristianas, las escribían en caracteres geroglíficos; pero buscando aquellos objetos que en su nombre mexicano se aproximaran al sonido, *no al significado español*; hé aquí un dato precioso para la interpretación de las pinturas, y que sin embargo, ha pasado sin fijar la atención de nadie por tantos años, y el mismo Acosta lo refiere como una simple curiosidad.⁸ Si, pues, decia yo, para escribir *pater noster* ponían los aztecas □⁸ cuyo sonido es *Palli nochtila*; para escribir una frase mexicana pintarian, no sus figuras propias, sino las que tuvieran un sonido semejante, porque era difícil que tal modo de escribir lo aplicaran exclusivamente á las oraciones cristianas.

Por haberse cuidado poco de estos preciosos antecedentes y pretendido que todas las figuras mexicanas eran geroglíficos, se ha incurrido no solo en graves errores, sino que cada dia se hacia mas y mas difícil encontrar, no diré la clave, sino el valor de cada figura.

6 Brasseur de Bourbourg. *Histoire des nations civilisées du Mexique*. Paris, 1857.

7 Landa. *Cosas de Yucatan*. Edición Brasseur. Paris, 1864.

8 Acosta. *Historia de las Indias*.

En la interpretación de los símbolos usados para expresar las poblaciones, ha habido mas felicidad; pero esto depende de que tales símbolos no eran sino una especie de blasones, de los que en heráldica se llaman con toda propiedad, parlantes; pues así como al ver las armas de Granada, por ejemplo, el mas torpe comprende su significado, porque consiste en la fruta de este nombre, así con muy poco de mexicano que se supiera, se comprenderia, por ejemplo, que un grupo de espadañas [Tullan], y la parte posterior de un hombre [Tzinco], daba el nombre de Tulancingo; sin embargo de no haber ninguna relacion entre esta ciudad y la segunda figura, sino solo en el sonido; por esto vemos que el Sr. Lorenzana en su edicion de las cartas de Cortés,⁹ interpretó bien casi todos los nombres de las poblaciones, y se equivocó pretendiendo hacer igual cosa con los tributos; pues por ejemplo, dice que la figura □ *Palli*, significa que eran cosas pertenecientes al rey, cuando solo expresa el número veinte, porque *Palli* suena casi lo mismo que *Poalli* ó *Pohualli* [cuenta ó veinte].

A fines del siglo pasado, el Lic. D. Ignacio Borunda aplicó este método con buen éxito; pero por desgracia se complicó, á su pesar, en el ruidoso asunto del padre Mier, y sus trabajos fueron remitidos á España, donde tal vez existan. Prescott llama irónicamente á Borunda, una especie de Champollion mexicano;¹⁰ creo que si hubiera conocido sus manuscritos, no lo tratara con desden; yo no los conozco tampoco; pero en la censura que por orden del

9 Lorenzana. *Historia de Nueva-España*. México, 1770.

10 Prescott. *Conquista de México*. Ed. G. Torres. México, 1844.

arzobispo Haro hicieron del sermón del padre Mier los canónigos Uribe y Omaña, de que poseo una copia,¹¹ se ocupan mucho de la obra de Borunda, y no obstante los sarcamos con que lo denigran, se comprende lo valioso de ella.

Ya desde los tiempos en que escribía Ixtlilxochitl, se habia hecho sumamente difícil la interpretación de las pinturas mexicanas, y si se considera atentamente lo que sobre ello escribe, se comprende que todo consistia en el olvido de la naturaleza de la escritura azteca, en el error de querer encontrar imágenes donde solo habia voces, lo que hacia imposible la inteligencia, como el que pretendiera encontrar la idea de Dios en la figura de las cuatro letras con que lo escribimos; pero si tenemos la clave en la explicación que nos dieron los primeros misioneros de la manera con que los mexicanos escribían la oración dominical, ¿para qué buscar la oscuridad donde existe la luz?

La traducción griega de unas cuantas líneas egipcias, ha bastado en Europa para descorrer el velo que ocultaba la historia de los Faraones, para hacer hablar á los obeliscos un idioma muerto hace siglos; ¿por qué han de permanecer mudos entre nosotros libros escritos en un idioma que aun hablan muchos millones de nuestros compatriotas?

Sabiendo, pues, que los primeros misioneros se dedicaron al aprendizaje de los idiomas americanos, solo para satisfacer las necesidades parroquiales, se explica perfectamente, porque si conocían los idiomas, olvidaron su filosofía, y que estos hombres que pudieron deslumbrar al mundo con los raudales de una nueva luz, se contentasen con morir oscuros, pero felices

11 Censura que por orden, &c., manuscrito.